

HABLAMOS DEL PENSADOR

El día, la luz del sol, el paisaje, el ruido de una ciudad que bulle, el perfume de una dama que pasa, los coloquios a la reja sevillana, una guitarra que vibra y echa al aire mil coplas incitada por la maestría de un sevillano castizo, un carruaje charolado que se desliza calle abajo, a golpe de látigo, velampageando las piedras; todo contribuye a detener las ideas fúnebres que asaltan al filósofo, no sólo a detenerlas, sino que las espanta para dejar paso a la poesía, esto es, al panegirismo de la Naturaleza y de la vida.

Cuando llega la noche, las tinieblas borran los encantos de la Naturaleza, la claridad, la luz limpia que se cernía por un resquicio del cerebro del pensador, escapa como ahuyentada y es entonces cuando entran las tinieblas pausadamente, invadiendo la cabeza del pensador como momentos antes lo hizo al parque vecino.

El cerebro, al quedarse tan lóbrego, cólmanlo mil lechuzas acia-gas, bandos horribles de murciélagos y otros pájaros de mal agüero que vuelan y chillan llenando de misterio la noche en la cabeza del hombre que medita.

La idea de la sarcástica muerte llega a su cabeza enfermiza, el corazón se esconde horrorizado entre las flores del alma que todavía no han cerrado, el cerebro trabaja con energía: mil poleas a la velocidad del vértigo mueven energícas maquinarias; a medida que trabajan, toman impulso, y más tarde, descarriándose, saltan sin orden, haciendo mil ruidos. La imaginación del artista, extático, ha parado de pensar en la muerte, un sudor frío baña su frente, un sudor que es como el rocío de la mañana. Ya no piensa en la muerte. El sudor helado lo recojen los primeros rayos del sol, porque ya apunta el día.

José Marino Gómez Santos

Oviedo y agosto de 1948.

La Voz de Asturias
Agosto, 1948